

# Modulaciones y transformaciones del poder en el contexto de la modernidad líquida

Diego A. Estrada M.\*

Recibido mayo 31 de 2010, aprobado junio 8 de 2010

## Resumen

El presente artículo realiza una explicación o descripción de los nuevos mecanismos o dispositivos de poder que empiezan a emerger ante los cambios que se desprenden del fenómeno de la globalización. Dichos cambios corresponden a lo que Zygmunt Bauman denomina como Modernidad líquida, es decir, una radicalización de la modernidad misma y una emergencia sobresaliente de adjetivos tales como la velocidad, la fluidez, el cambio y la contingencia. Es fundamental describir algunos rostros del poder dentro del panorama de lo líquido: el poder como un mecanismo, ya no de disciplina, sino de seducción; el poder como una difusión de miedos a través de los *mass media*; el poder como instrumento de entretenimiento y, finalmente, el poder como gestión de sí mismo. *Palabras clave:* Modernidad líquida, poder, tecnología, consumo, entretenimiento, disciplina.

## Abstract

This article is an explanation or description of new mechanisms or devices of power that begin to emerge in the face of the changes arising from the phenomenon of globalization. These changes correspond to what Zygmunt Bauman calls liquid modernity, that is to say, a radicalization of modernity itself and an outstanding emergency of the adjectives such as speed, fluidity, change and contingency. It is crucial to describe some of the faces of power within the panorama of the liquid: power as a mechanism, and not of discipline, but of seduction; the power as a broadcast of fears through the mass media; the power as an instrument of entertainment and, finally, the power as self-management. *Keywords:* Liquid modernity, power, technology, consume, entertainment, discipline.

---

\* Politólogo Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín). Maestrando en Filosofía con Énfasis en ética de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Dentro de las Ciencias Sociales contemporáneas existe un consenso que aboga por apelar a nuevas metáforas para explicar lo social. En efecto, buena parte de los relatos, las narraciones y trabajos sociológicos y antropológicos actuales, por mencionar dos dominios importantes de las Ciencias Sociales, concuerdan en que la nuestra es una sociedad diferente, que difícilmente se amolda a los marcos teóricos y conceptuales acuñados hace ya algunos años por sociólogos tan importantes como Émile Durkheim, Max Weber o Niklas Luhmann. En este sentido, la modernidad representada por dichos autores es diferente a la sociedad emergente. Ante el auge de cambios importantes que irrumpen en la esfera de las relaciones humanas, nuevas metáforas se despliegan actualmente en los marcos de referencia para explicar lo que pasa dentro del contexto social.

Si acordamos con Zygmunt Bauman en que el propósito de la Sociología radica en pensar, analizar y organizar la experiencia de la vida cotidiana (Bauman, 1993, p. 15), los acervos comunes, eso que se conoce habitualmente como la *doxa*, es importante decir que son múltiples las metáforas que de alguna manera se han encargado de condensar esa experiencia cotidiana que todos los individuos viven en la sociedad actual. Son diversas las categorías y etiquetas construidas por las disciplinas para hablar de los cambios existentes en el presente. Anthony Giddens, por ejemplo, habla de una “sociedad reflexiva”<sup>1</sup>; Ulrich Beck, de una “sociedad del riesgo”<sup>2</sup>. Otros pensadores, como Marc Augé, prefieren destacar la noción de “sobremodernidad”<sup>3</sup>; mientras que Toni Negri y Michel Hardt apelan a la categoría de “imperio”<sup>4</sup> para dar cuenta del orden global que se teje y análogamente condiciona a las sociedades de hoy. Si bien los intereses de estos autores no siempre son los mismos, dichas metáforas de alguna manera tienen en común

---

1 Véase Giddens, Anthony (1991), *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.

2 Véase Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

3 Véase Augé, Marc (1997). *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Crítica.

4 Véase Negri, Toni; Hardt Michel (2000). *Imperio*. Barcelona: Paidós.

documentar, describir y hacer comprensibles una serie de cambios que se acomodan a nuevas dinámicas de poder, a la emergencia de nuevas lógicas políticas, a transformaciones importantes y considerables de las instituciones sociales.

En efecto, se trata de alteraciones que conmueven la cotidianidad de los seres humanos, que inquietan y perturban los sentidos comunes de grupos e individuos. Desde cambios importantes en instituciones, como el trabajo y la familia, hasta el nacimiento de formas diferentes y poco convencionales de concebir el afecto y lo sentimental, discurren las nuevas categorías para pensar lo social. Según parece, las Ciencias Sociales están más atentas que nunca a lo vivencial, a lo cotidiano. Se ha reconocido la dificultad de no tener un objeto de estudio fijo, limitado, parcelado. El poder de la metáfora, la búsqueda de la palabra adecuada, se acomoda sin duda a unas disciplinas que buscan interpretar “las cosas mismas” de lo social, esto es, ese conjunto de cambios huidizos y escurridizos que perturban inmisericordemente las prácticas y hábitos cotidianos del mundo actual.

El presente texto se enmarca teóricamente dentro de la metáfora de lo “líquido” utilizada por Zygmunt Bauman<sup>5</sup>. En efecto, la de hoy es una “sociedad líquida”. En este sentido existen buenas razones para utilizar esta categoría y no otras. En primer lugar, se trata de una metáfora novedosa, que de ninguna manera manifiesta una superación de la modernidad. No se asiste al dominio de lo *post*. Al contrario, existe una radicalización de los ideales de la modernidad: conmovir el pasado, sepultar la tradición; imperativos propios de una sociedad desbocada, sujeta a un cambio incesante. La fase líquida de la modernidad da cuenta del espíritu de lo moderno, esto es, trastornar lo sólido, burlar la quietud. En consecuencia, lo “líquido”, antes que representar un mundo completamente nuevo, el inicio de una nueva historia tras el fin de La Historia, es una versión radicalizada de la modernidad.

---

5 Véase Bauman, Zygmunt (2006). *Modernidad líquida*. México: F.C.E.

En segundo lugar, ninguna otra metáfora expresa mejor los cambios que se viven actualmente. Tanto en el ámbito institucional como en el social, es decir, desde las relaciones formales y formalizadas hasta las interacciones de individuos, es claro que los lazos que anteriormenteregonaban vínculos y obligaciones duraderas han caducado. Las familias se hallan en un proceso de desintegración. Las desregulaciones del trabajo y las nuevas políticas laborales propias de los Estados-nación contemporáneos —de los cuales sólo les queda formalmente la denominación— impiden cualquier posibilidad de una construcción biográfica a largo plazo. De ninguna manera se trata de instituciones sólidas. Al contrario, se encuentran en un proceso de “liquidación”. Simultáneamente, los lazos sociales duraderos, aquellos donde el individuo daba su vida por la comunidad, han sido desplazados por vinculaciones que no encuentran como soporte una lealtad absoluta. De ahí que las “comunidades” actuales en cierta forma están sustentadas sólo por emociones estrictamente privadas y subjetivas, pero nunca por proyectos comunes duraderos.

Por tanto, se trata de una articulación metafórica valiosa que explica de una forma adecuada esas alteraciones que aquejan la cotidianidad de todos. Ahora bien, la preocupación del presente escrito se centra en el asunto del poder. El interés radica en mostrar cómo eso que se entiende por poder ha cambiado también dentro de ese ámbito de la modernidad líquida. Efectivamente, las formas de sujeción y de dominación han cambiado también de una manera importante y considerable. Por consiguiente, este trabajo se propone explicar de una manera general hacia dónde se ha fugado el poder, es decir, explicar y hacer comprensibles algunas transformaciones y modulaciones del poder en el ámbito de la modernidad líquida. Dentro de esa explicación, el texto se concentra específicamente en cuatro aspectos: 1. *El poder como seducción*. 2. *El poder como miedo*. 3. *El poder como entretenimiento* y 4. *El poder como gestión de sí mismo*.

Una teoría habitual del poder se concentrará más en las estructuras que en las *formas*. De hecho, tal y como lo ha enseñado la filosofía política moderna, el poder es un cierto atributo, la propiedad de unos elegidos, un grupo de “ungidos” que ejerce el dominio, que impone sus voluntades sobre el resto de individuos. Se trata, sin más, de una concepción estado-céntrica que concibe el poder como un aparato, como una trama institucional que prohíbe, que establece la ley y que dictamina qué se debe y qué no se debe hacer. Dicho en otros términos, el poder será un atributo, un medio que es producto del monopolio de la fuerza hecho para garantizar un orden.

Empero, lo importante de los trabajos realizados por Michel Foucault radica en que lograron superar esa definición del poder que estaba estrechamente ligada a una teoría de la soberanía. El poder, en consecuencia, no sólo será un aparato o un atributo que uno o varios individuos utilizan en función de obtener obediencia. Como lo plantea el mismo Foucault, se trata de una *tecnología*. Antes que ser una potestad, una propiedad, el poder sería más bien una suerte de tecnología sujeta a un perfeccionamiento y a una evolución permanente. Por tanto, esto implica ir más allá de las reglas que simplemente son obedecidas; que simplemente dictaminan qué está permitido y qué no. No se trata sólo de un carácter prohibitivo. Todo poder, antes que cualquier cosa, tiene como fin alterar, transformar comportamientos (Foucault, 1999, p. 240). El poder como tecnología, por tanto, pretende lograr ciertas eficacias. Pensar el poder quiere decir no sólo atenerse a la regla exhibida, este será “obligante”. No sólo prohibir, se trata más bien de formar, construir, “normalizar”.

Por otra parte, sería inválido decir que existe “el poder” como si se tratara de algo unívoco. Si bien lo propio de todo Estado moderno radica en imponer un solo mandato, siempre existen múltiples tecnologías o formas de dominación que funcionan local y regionalmente. Piénsese, por ejemplo, en el poder ejercido por el *pater familias*, en una propiedad donde hay relaciones de servilismo, asimismo, en el poder

practicado en la escuela. La sociedad será un “archipiélago de poderes”: “Una sociedad no es un cuerpo unitario en el que se ejerza un poder y solamente uno, sino que en realidad es una yuxtaposición, un enlace, una coordinación y también una jerarquía de diferentes poderes, que sin embargo persisten en su especificidad” (Foucault, 2007, p. 114). Existe un funcionamiento de poderes minúsculos que en definitiva forman a las grandes instituciones, a los grandes aparatos del Estado.

El período sólido de la modernidad, aquel acompañado de la formación del Estado moderno, de la liquidación de la tradición y de la formación de nuevas instituciones, será el escenario en el cual se desplegarán particularmente dos tecnologías como la disciplina y la “biopolítica”. En el primer caso, se trata de una suerte de encierro ejecutado por diferentes instituciones, que buscan una normalización del cuerpo. La norma de ninguna manera es inocente. Toda norma ejecuta siempre un proceso de normalización (Canguilhem, 2006, p. 186). Dicho en otros términos, los diferentes sistemas de encierro hacen que todo cuerpo sea reglado, normalizado, aconductado. Por lo tanto, diferentes sistemas cerrados como la familia, la escuela, la fábrica, el cuartel, ejercen un control sobre las conductas, las aptitudes, la erradicación de la diferencia y buscan un comportamiento homogéneo en aras no sólo de la docilidad, de la obediencia, sino también de la utilidad propia del capitalismo en expansión.

En el caso de la *biopolítica*, se trata de un poder que ya no funciona sobre el individuo sino sobre la población, es decir, que se rige sobre los seres humanos en tanto seres vivos. En esa medida, el poder no sólo forma sujetos útiles. La población será blanco de sus objetivos, al concebirse como una masa conducida por necesidades netamente biológicas. De ahí que los aparatos del Estado empiecen a preocuparse por el medio ambiente como fuente de enfermedades, en las tasas de morbilidad, en las epidemias y endemias de una población; en últimas, en aquellos dominios ligados a lo que habitualmente concebimos como seguridad social.

Por consiguiente, pensar el poder en el contexto de la modernidad implica tener, como aspectos centrales, la vida y el cuerpo, todo ello pone en consideración al capitalismo de producción, que requiere de cuerpos dóciles y útiles. Dicho en otros términos, el individuo será concebido como un pequeño engranaje, como una cosa que hay que adiestrar y potencializar.

Sin embargo, habría que decir que la sociedad actual está lejos de dichos patrones. La sociedad contemporánea prácticamente ha renunciado a esas formas de poder ya clásicas que funcionaban en nombre del progreso moderno. El mismo Foucault, en una de sus tantas sesiones en el *College de France*, planteó cómo empieza a vislumbrarse un nuevo orden en el cual esas formas de poder puntillosas y exhaustivas simplemente no pueden seguir persistiendo (Foucault, 1992, p. 164). El poder, tal y como ha sido gestionado durante la época moderna, es altamente costoso. Hoy, empero, existe una escasez de energía: "... tal como ha funcionado el Estado hasta ahora, es un Estado que no tiene ya posibilidades ni se siente capaz de gestionar, dominar y controlar toda la serie de problemas, de conflictos, de luchas, tanto de orden económico como social" (Foucault, 1992, p. 164).

En efecto, Foucault hace alusión a una serie de alteraciones que auguran cambios muy importantes en ámbitos como la política y la economía. Probablemente están relacionados, en primer lugar, con una "desterritorialización del poder" y, en segundo lugar, hay diferentes medidas "desregulatorias". Por "desterritorialización del poder" hay que entender una serie de medidas relacionadas con una progresiva pérdida de autonomía ante el fenómeno de la globalización. De hecho, una de las características esenciales de este acontecimiento radica en la movilidad del dinero, del capital y, en fin, del poder. El capital no tiene un domicilio establecido. Existe una incapacidad por parte de los estados contemporáneos de regular esta fluidez y la movilidad del capital. En consecuencia, si lo económico se libera de todo control político, es complicado que pueda haber una gestión efectiva de asuntos

locales. Ante este panorama, múltiples aspectos que anteriormente eran regulados por el Estado pasan a ser gestionados por el mercado.

Este asunto tendrá consecuencias importantes. Uno de ellos será una suerte de relajamiento del poder. Ahora, es improcedente eliminar el caos y el desorden, es decir, conjurar la diferencia o lo propiamente amenazante. Antes que eliminar, existe una gestión o redistribución del desorden. Predomina una especie de tolerancia frente al caos, la ilegalidad, la delincuencia. Dicho en otros términos, es necesario ser tolerante con ciertos márgenes de desorden para justificar intervenciones ocasionales del poder. En ese sentido, existe una forma de regulación menos exhaustiva, pero quizás más efectiva que otras.

Por otra parte, los medios masivos de comunicación serán muy relevantes dentro de esa nueva escalada del poder. Los consensos, los acuerdos, asuntos tan necesarios e importantes en una sociedad, se llevarán a cabo de una forma mucho más sencilla a través de los *mass media*. Los sentidos, las visiones de mundo, pronto serán construidos a través dichos medios. Lo que llama la atención de esto es que pronto los imaginarios, las representaciones, ese patrimonio social y cultural que se hace tangible en los sentidos comunes será edificado por medio de dispositivos como la televisión, la internet y, en todo caso, de los *mass media*.

No obstante, en aras de una explicación coherente es preciso seguir el orden antes explicitado:

**1. El poder como seducción:** En efecto, una de las características más interesantes del poder es que ya no se trata de un dispositivo disciplinario exhaustivo, puntilloso y, por tanto, altamente costoso. La sociedad de hoy ya no se centra en el trabajo y en la producción: actualmente los seres humanos se encuentran en la sociedad de consumo, lo que en cierta forma enaltece nuevos valores, nuevas normas, nuevas visiones del mundo. Tal vez uno de los cambios más notables tiene que ver con las estrategias. Dentro del capitalismo de producción

era esencial forjar cuerpos hábiles, útiles, saludables, funcionales. Para ello, la disciplina se erigía como un dispositivo fundamental. Empero, la época de la disciplina, de los sistemas de encierro rigurosos, ha dado paso a la publicidad, a la seducción, a la formación de consumidores compulsivos. Como lo explica Bauman, una de las características más interesantes de la sociedad de consumo radica en que no sólo se consume para vivir como en todas las anteriores épocas. Actualmente se vive para consumir (Bauman, 2003, p. 107).

Esto tiene consecuencias significativas. Es necesario formar incansablemente consumidores. Para ello, “la industria actual está montada para producir atracciones y tentaciones. La naturaleza propia de las atracciones consiste en que tientan y seducen sólo en tanto nos hacen señas desde esa lejanía que llamamos futuro; por su parte, la tentación no sobrevive mucho tiempo a la rendición del que es tentado, así como el deseo jamás sobrevive a su satisfacción” (Bauman, 2003, p. 105). Quizás la lógica que predomina, en este caso, consiste en buscar permanentemente placeres y emociones. Como lo dice el mismo Bauman, no es importante tanto la presa sino la cacería; no es importante tanto el objeto a consumir, sino la emoción que se despliega en el acto mismo. Es así como la publicidad juega un papel esencial en la producción de consumidores. Es importante seducir, crear en el consumidor no sólo un sentimiento de deseo, sino de anhelo.

Otra de las consecuencias está ligada a los efectos que la sociedad de consumo misma tiene sobre las instituciones tradicionales. Las formas de poder habituales concentradas en el Estado también empiezan a seguir el juego de la seducción. Una nueva dinámica de poder emerge cuando los símbolos que monopoliza el Estado ya no están ligados a la razón emancipadora. Hacer creer que es un asunto político apela a nuevos dispositivos, a nuevos símbolos tales como la imagen, a múltiples ficciones o discursos que seducen, que generan sujeción no tanto por su razonabilidad, sino más bien por su carácter vinculante. Antes, el gran orador que persuadía, que convencía por medio de razones. Hoy,

grandes oradores que seducen, que atraen. Como lo menciona Régis Debray: “la persuasión tiene dos modalidades ideales: convencer y seducir. Lógica y sofisticada. Razón y sentimiento” (Debray, 1995, p. 78). En efecto, ante una sociedad en la cual los valores asimilados por la mayoría de las personas pasan por la televisión, la música, la radio, la moda, la publicidad; más que por la política, la escuela o la familia, pronto la seducción adquiere un valor importante. Los hombres contemporáneos pasan la mayor parte de su tiempo consumiendo imágenes, sonidos, productos. Por lo tanto, el Estado, los gobiernos, los partidos, la religión, deben competir con las mismas armas empleadas por los medios.

**2. El poder como miedo:** otra de las características importantes de la modernidad líquida radica en utilizar el miedo como una nueva forma de sujeción. Además de seducir, los medios están encargándose de generar una *doxa*, es decir, una serie de imaginarios importantes alrededor del miedo. A partir de múltiples acontecimientos, existe una difusión global de la información que inmediatamente crea temores y miedos. Desde el calentamiento global, hasta el surgimiento de una nueva enfermedad, pasando por el terrorismo internacional, pareciera como si la sociedad actual estuviese atravesada por el estigma del terror. Si la *doxa*, es el universo conocido, el acervo común previo al nacimiento de los hombres que se configura en la cultura, en la memoria colectiva, el miedo prácticamente se ha convertido en un asunto cotidiano con el cual hay que desenvolverse en la vida cotidiana.

Empero, es importante resaltar que dichos temores y miedos son también producto de las transformaciones mismas del Estado. Dentro de la modernidad sólida, ninguna zona podría estar oscura. La luz de la Ilustración manifestaba una sociedad en la que lo impredecible, lo contingente, no tenía lugar. Sin embargo, la modernidad líquida ha sepultado ese orden social predecible y previsible exhaustivamente seguro. Como lo dice Bauman:

Así, por ejemplo, el Estado, habiendo fundado su razón de ser y su pretensión de obediencia ciudadana en la promesa de proteger a sus súbditos frente a las amenazas, a la existencia [...], pero incapaz de seguir cumpliendo su promesa [...] se ve obligado a desplazar el énfasis de la “protección” desde los peligros para la seguridad social hacia los peligros para la seguridad personal. Aplica, entonces, el “principio de subsidiariedad” a la batalla contra los temores y la delega en el ámbito de la “política de la vida” operada y administrada a nivel individual y, al mismo tiempo, “externaliza” en los mercados de consumo el suministro de las armas necesarias para esa batalla. (Bauman, 2007, p. 13)

En una sociedad en la cual la gestión social y cultural ya no depende del Estado sino del mercado, y la seguridad recae única y exclusivamente sobre los individuos, son muchos los temores e incertidumbres que se despliegan. El individuo debe ser gestor de sus propios temores, es decir, debe afrontar y buscar múltiples tácticas para hacer frente a las incertidumbres e inseguridades propias del mundo actual. Aparentemente, todo se hace más fácil en la medida en que el mercado ofrece soluciones ante los miedos y temores de la sociedad de consumo. Desde antidepresivos, fármacos que eviten la vejez y el sobrepeso, hasta libros que ofrecen recetas y soluciones para buscar la felicidad en una sociedad hostil y competitiva.

**3. El poder como entretenimiento:** el panóptico no ha desaparecido. En las sociedades actuales existe un afianzamiento y perfeccionamiento de los sistemas de vigilancia. Lo característico del panóptico en el mundo moderno sólido radicaba en que se convertía en un dispositivo de vigilancia hecho para incluir y normalizar, para vigilar y castigar. En las múltiples instituciones siempre existía un dispositivo de vigilancia vertical que permitía visualizar los movimientos, los desaciertos, los errores. Se trataba de un mecanismo o tecnología de poder rotundamente útil en la medida en que permitía supervisar y corregir, reglar movimientos anormales que pusieran en riesgo los propósitos de la vigilancia misma. No obstante, podría decirse que el

panóptico en sí no ha desaparecido. A la inversa, el desarrollo de las tecnologías de vigilancia se ha perfeccionado. Los espacios públicos, al igual que las unidades cerradas, los centros comerciales, los aeropuertos, están vigilados por circuitos cerrados de televisión. La diferencia radica en que la sociedad de hoy, al contrario, no se propone normalizar a quien de alguna manera irrumpe y trasgrede esos diferentes espacios. La modernidad sólida y sus instituciones panópticas “engullían” al anormal con el propósito de normalizarlo. Sin embargo, en el contexto de la modernidad líquida las cosas son diferentes. El poder, de alguna manera, en lugar de normalizar, margina y excluye. Los circuitos cerrados de televisión y los sistemas de vigilancia están hechos para proteger la fluidez e iniciativa propia del consumidor. Quien no “encaja” simplemente es desechado, marginado. Por consiguiente, sería un desacierto sepultar al panóptico. Habría que decir que su función ha pasado a ser otra.

Por otra parte, es importante señalar que además del panóptico ha surgido un nuevo dispositivo de poder. Se trata del “sinóptico”. Si el panóptico estaba hecho para crear a un trabajador, a un productor; si el panóptico tenía como propósito inculcar o inocular una disciplina en los cuerpos, el sinóptico está encaminado, más bien, hacia el entretenimiento. En el panóptico unos pocos vigilan a muchos. En el sinóptico, a la inversa, muchos individuos observan a unos pocos, esto es, a ese conjunto especial de individuos que se convierte en el ejemplo de la prosperidad y el triunfo en el mundo líquido, sean personajes que pertenecen al mundo de la política, el deporte, la ciencia o el espectáculo. Para decirlo de otra forma, en el sinóptico los locales observan a aquellos que son globales (Bauman, 2003, p. 72).

**4. El poder como gestión de sí mismo:** por último, otro de los rostros más interesantes del poder radica en el notable desinterés ante el futuro, la seguridad y la certidumbre de los individuos. El capitalismo líquido contemporáneo permanentemente impulsa la ideología individualista bajo la premisa según la cual los individuos

deben ser “empresarios de sí mismos”, es decir, hacer las cosas por sí mismos en la medida en que todo depende de ellos. Los éxitos y los fracasos son productos individuales. La responsabilidad siempre recae sobre los individuos. Dicho en otros términos, el individuo debe hacer una “política” de sí mismo, una gestión de sí mismo pues las estructuras o las instituciones simplemente no se hacen responsables. Desde ese punto de vista, si un individuo no consigue trabajo es porque las estrategias planificadas en la búsqueda no fueron las correctas. Como dice Bauman, se invita a los individuos a que sean los actores y responsables de su propia historia. “La nuestra es una visión privatizada de la modernidad, en la que el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo” (Bauman, 2006, p. 13), de ahí que, en cierta forma, las respuestas o acciones de los individuos sean soluciones biográficas a grandes fallas de estructura.

A grandes rasgos, este trabajo aporta una explicación a la forma como ha cambiado el poder, es decir, después de una serie de alteraciones incesantes que se viven globalmente; así mismo, cómo se ha perfeccionado o cómo han evolucionado las grandes tecnologías de poder. Lo más particular de dichas tecnologías es que, a pesar de su aparente desorden, de su aparente caos, se tratan de dispositivos minuciosos, prolijos, y escrupulosos. Si bien la coerción no es el rasgo principal del poder hoy, habría que decir que se trata de mecanismos altamente efectivos que cumplen su propósito primordial: hacer consumidores y, en caso de que los individuos no logren serlo, empujarlos repetidamente para que así eviten caer en la monstruosa borrasca de la exclusión.



## Referencias

- Bauman, Z. (1993). *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2003). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: F.C.E.
- (2006). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: F.C.E.
- (2007). *Miedo líquido: las sociedades contemporáneas y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Canguilhem, G. (2006). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.
- Debray, R. (1995.). *El Estado seductor: las revoluciones mediológicas del poder*. Buenos Aires: Manantial.
- Foucault, M. (1999). "Las mallas del poder". En: "Estética, ética y hermenéutica". *Obras esenciales*. Vol. III. Barcelona: Paidós. (págs. 235-254).
- (1992). "Nuevo orden interior y control social". En: *Saber y verdad*. Madrid: La Piqueta. (págs. 164-168).
- (2007). *Historia de la sexualidad. Vol I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.